



«Yo no soy un hombre de la derecha. Eso sí está claro.»

sonal. No hay nada detrás de esta decisión, sino la voluntad de reencontrarme a mí mismo y de reconquistar mi propia libertad.

Estaré, sin embargo, siempre del lado de los que luchan por la libertad y la justicia de mi España.

En esa lucha nunca seremos demasiados. Ha sido un honor trabajar contigo. Sabes muy bien que se conserva intacta nuestra antigua amistad de muchos años. A ella invoco para que sepas interpretar esta carta. Un fuerte abrazo.»

Francisco Fernández Ordóñez, nacido en Madrid dentro de una familia numerosa, fue premio extraordinario de licenciatura en la Facultad de Derecho y número uno en las oposiciones a la Escuela Judicial; inspector del timbre, secretario general técnico y subsecretario en el Ministerio de Hacienda; presidente del INI. Todo ello durante el régimen del general Franco. Con la monarquía parlamentaria ha sido ministro de Hacienda y ministro de Justicia, diputado ucedeo por Madrid (1977) y ahora lo es por Zaragoza (1979). Ha hecho la reforma fiscal y la ley del divorcio, libros técnicos de economía y hacienda y dos libros políticos: «Que son los socialdemócratas» y «La España necesaria».

Es político ante quien no suele darse la indiferencia. Unos lo ven como un hombre necesario para una España necesitada de modernización y reforma; otros, como a un sujeto nefasto, destructor de la familia y depredador de las economías domésticas. Al término de esta conversación, mientras caminábamos por la calle una mañana de septiembre, una señora con la bolsa de la compra se volvió hacia el exministro y dijo:

—Gracias por esa ley que ha sacado.

En esta conversación Fernández Ordóñez viene a decirnos cómo se ve él. Por nuestra parte hemos procurado limitarnos a facilitar esa explicación personal. Hablamos en su despacho profesional, un viejo piso donde hace muchos años pasó consulta el doctor Marañón.

Conversación con Francisco Fernández Ordóñez

“EL VERTIGO DE LA SOLEDAD”

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

EN la mañana del 31 de agosto el entonces ministro de Justicia Francisco Fernández Ordóñez escribió al presidente del Gobierno una carta manuscrita. La carta decía así:

«Querido presidente. Querido Leopoldo:

A esta altura de mi vida tengo la convicción de haber defendido hasta el límite de mis fuerzas los valores en los que creo y haber tratado siempre de cumplir con mi deber.

He ocupado en dos ocasiones la cartera ministerial con una dedicación

absoluta. En este momento, sin embargo, creo que ha llegado la hora de poner fin a mis propia presencia en el Gobierno.

La decisión que adopto, largamente madurada, es el resultado de una voluntad de recuperación de mi propia identidad, en un instante en que pienso que no podría continuar en mi puesto para poder llevar a cabo mi proyecto político sin una lucha enormemente costosa y desestabilizadora dentro del propio partido.

Necesito ahora reflexionar con cierta distancia moral, libre de cualquier ambición concreta, sobre mi circunstancia política y mi vocación per-

A HORA es casi obligado empezar hablando de la carta, de la famosa carta. La carta era manuscrita. ¿Tú escribiste a mano siempre?

-Escribo siempre a mano. Todo a mano. Por ejemplo, mis libros los he escrito a mano...

-Es verdad. Yo te he visto escribir en la biblioteca del Congreso éste. ¿Te acuerdas?

Yo estaba en la biblioteca y me preguntaste que estaba haciendo y me parece que te dije, modestamente, «estoy escribiendo un libro».

-Sí. La noticia primera de ese libro se dio en una de mis crónicas parlamentarias, titulada precisamente «La España necesaria»... Volvamos a la escritura.

-He escrito siempre a mano, incluso mis libros técnicos, que es lo que he escrito antes: libros sobre el impuesto, sobre el valor añadido... No podría escribir a máquina, aunque creo que hay mucha gente que lo hace. Yo, primero, he perdido el entrenamiento; y, segundo, creo que no me saldría nada.

-Además de estos dos ¿qué libros tienes?

-Libros técnicos, conferencias técnicas, estudios técnicos, sobre impuestos y problemas económicos. Soy una persona que toda su vida ha estado especializada en temas económicos, salvo este breve interregno por el Ministerio de Justicia, que responde a mi primer amor que ha sido la toga, que ha sido la carrera fiscal.

-Fiscal de Huelva, a los veintidós años, fue tu primer puesto.

-Con veintidós años. Ahí estuve cinco años.

-Tu padre fue ingeniero de caminos.

-Sí, como dos hermanos míos y como mi suegro.

-¿Cuántos hermanos sois?

-Diez. Cinco y cinco.

-Entre tus hermanos hay un sacerdote.

-Carlos estuvo en Uruguay. Pasó su peripetia. Ahora está de párroco en Moratalaz. Antes estuvo con el padre Llanos, en el Pozo del Tío Raimundo. Hay una carta muy bonita del padre Llanos que me ha llegado ahora, entre las muchas cartas...

-... provocadas por la tuya de dimisión. ¿Cómo fue?

-Esa carta está escrita en diez minutos exactamente. De un tirón. En la mañana del día 31. Y por tanto todas esas cosas que cuentan de si estaba de antes y tal, no son ciertas... Está escrita a mano, con algunas tachaduras, y luego la volví a hacer.

-Pero estaba decidida desde mucho antes.

-Decidida desde mucho antes, pero no decidida que la iba a hacer esa mañana precisamente.

-De hecho tú habías dicho en agosto

que a final de mes habría noticias tuyas.

-Sí. Ya decía que me iba a ir. Eso estaba claro. Pero creo que no debo hablar de política porque los hechos posteriores han clarificado bastante.

-Del tema este no quieres hablar, pero podremos hablar de tu pasado político anterior.

-Sí, de todo.

-Tú eres uno de los personajes políticos más atacados en España.

-Depende de por quién ¿no? Eso es lo importante. A la derecha conservadora española le ha molestado siempre todo intento de cambio real. No le preocupa el cambio que no consideran posible, pero el cambio posible sí les preocupa. Les preocupa el señor que de verdad cambia las cosas. O sea: yo les preocupo más que la izquierda revolucionaria o que la izquierda extraparlamentaria. Es evidente.

-Te apoyan desde otros sitios.

-Sí. Pocos políticos han tenido tanto apoyo desde los sectores que están comprometidos con el progreso en España. Ese apoyo ha sido reconfortante para mí en las dos grandes reformas que yo he abordado.

-Tus padres espirituales podríamos rastrearlos en la Institución Libre de Enseñanza. Eres, hasta cierto punto, un nieto de los institucionistas.

-Sí. Yo creo que en España hay una izquierda no socialista, tradicional. Y yo me considero, en ese sentido, una persona que enlaza con la Institución Libre de Enseñanza, con la idea de

Giner de los Ríos, con la idea de Azaña... Yo creo que ahí está aún el germen de la España más fecunda y más moderna.

-¿Cómo te viene a ti la vocación jurídica primera?

-En aquel momento mucha gente que tenía afición a las letras (por el temor en aquellos años del cuarenta y tantos, del cuarenta y cinco, a no sobrevivir con una profesión puramente de letras) derivó hacia el Derecho.

-¿Qué tal estudiante fuiste?

-Fui un estudiante «muy estudioso».

-¿Y por qué vas a judicatura?

-Me ilusionó siempre la magistratura, además eran las primeras oposiciones que salían y yo me quería casar, yo llevaba muchos años de novio de mi mujer. Así que me presenté a las primeras oposiciones de la Escuela Judicial.

-¿En qué año fue eso?

-En 1953... o en 1954. Porque me casé a los quince días de ganar la oposición. Ganábamos entonces noventa y cinco pesetas.

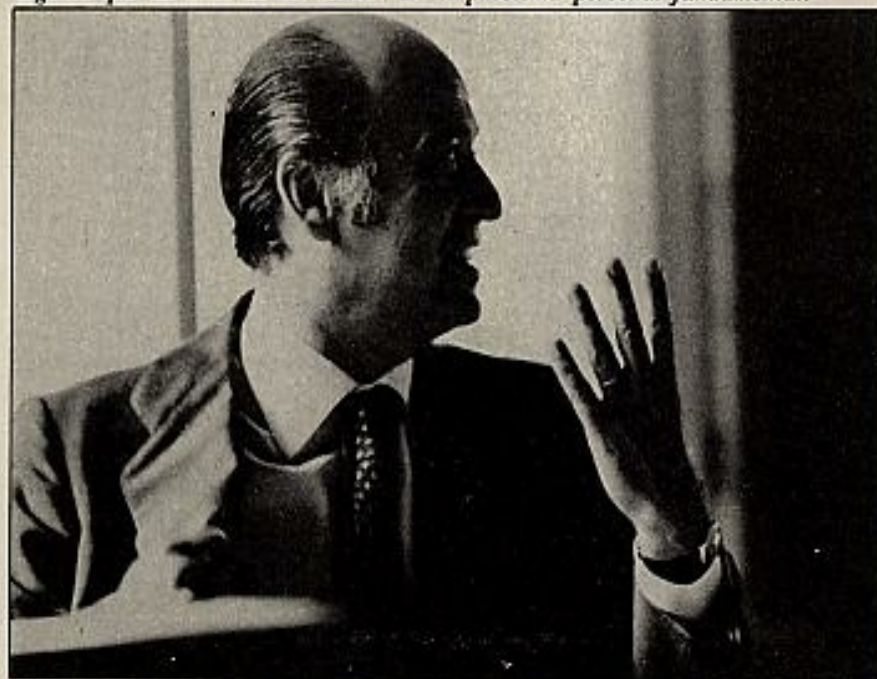
-Y te vas a Huelva.

-Sí. Cogimos un tren, un primera, llegamos a Huelva después de casi veinte horas de viaje. Recuerdo que era un día de calor. La Audiencia estaba entonces en una calle, en la calle del Puerto, en un edificio blanco, antiguo, con mucha humedad en las paredes...

-... con un patio que tenía un pozo en medio...

-... y donde un señor se abanicaba

«El mayor problema de la política es que te puedes convertir en un clínico. En alguien que no crea en los demás. Es el problema personal fundamental.»





Con su esposa Mary Paz. El ministro del divorcio lleva treinta años casado.

siempre en una posición de hostilidad absoluta a todo lo que entonces era el corraje y la bota alta, me producían una repulsión que yo nunca he sabido explicar por qué... Y entonces yo, claramente, en Huelva era un hombre de la oposición al franquismo. Pero no sólo eso, sino que realmente yo entonces era un radical...

De Justicia a Hacienda

—¿Y la otra oposición, la de Hacienda?

—Empecé a estudiar economía por libre, traté a amigos que estaban entonces en el Ministerio de Hacienda, economistas... y toda esta gente, después de todo aquello, me recomendaron cambiar el rumbo de mi vida, que podía ganar más dinero y tratar mejor esos temas que me interesaban desde un ministerio económico. Hacienda entonces era el principal ministerio económico. Y me recomendaron la inspección de Hacienda, porque entonces ahí se generaba una nueva élite de gentes; me interesó mucho, y preparé las oposiciones.

—Las ganaste y vas a Zaragoza.

—No. Entonces las gané y me quedé aquí, en Zamora, en Cuenca, en Teruel, en provincias cercanas a Madrid, porque a mí me reclamaron en seguida del Instituto de Estudios Fiscales para trabajar en estudios, etc... Yo he sido siempre un inspector que estaba en Madrid haciendo otros trabajos que me pedían los jefes. Yo dirigí la revista del ministerio entonces, la Revista de Economía Financiera, y, bueno, era un funcionario podíamos decir que distinguido, a quien se lo consultaban cosas y demás.

—Tienes treinta años, por entonces.

—En esa época tengo treinta años. Yo seguí rodando, hasta que en una de las crisis que hubo, yo por uno de estos cambios de rumbo que han caracterizado mi vida, en una de estas decisiones, tomé la decisión de que quería vivir un poco... Mis jefes entonces no habían entrado en la crisis, se habían quedado descolocados, yo no tenía mucho interés en trabajar con otras personas que no conocía, y entonces pedí Palma de Mallorca. Y me marché. Fue una decisión de esas de toma de distancia, típica. Me fui a Palma de Mallorca y allí me dediqué a vivir.

—Allí conociste a Cela.

—Sí. Ahí conocía a Cela. Mi vida en Palma fueron dos años, de lectura, de seguir mandando cosas a revistas, escribiendo; mis contactos entonces eran un poco los de siempre: «El

y le pregunté «¿Conoce usted aquí a alguien de la Audiencia, yo soy el nuevo abogado fiscal?» Y me dijo: «Pues yo soy el presidente». Estaba abanicándose allí sentado en el patio, en mangas de camisa, ¡hacia un calor!, ese calor tórrido, ese calor onubense, húmedo... Yo tengo un gran recuerdo de Huelva. ¡Como de todos los sitios donde, como decía Hemingway, hemos sido pobres y felices! Y en Huelva fuimos pobres y felices. Y, por lo tanto, tengo un buen recuerdo.

—Allí estuviste cinco años y preparaste las oposiciones a Hacienda.

—Lo de inspector del timbre lo hice en muy poco tiempo. También fue una decisión que tomé rápidamente: en seis meses las preparé y las gané. Ahí hubo un conjunto de coincidencias. Primero, mi encuentro con la realidad onubense de entonces, con aquel

obispo que vivía en lo alto del Conquero. Se había construido un palacio encima de las chabolas del Conquero, de un barrio que había que se llamaba, se llamaba...

—El Chorrillo. El obispo era Cantero.

—Sí. Un barrio que caía por allí, que eran como favelas blancas. Y toda aquella realidad de la España de entonces, lo que era la Huelva de entonces y todo aquello, más los libros que yo empezaba a leer y los papeles que a mí me... Me produjeron un gran impacto. Yo entonces sufrí, probablemente, el proceso más radical de mi vida. Además, un fiscal es casi como un confesor, si se lo toma en serio. Tuve mis primeras experiencias de abusos, tuve que actuar duramente... Yo, que ya venía de la facultad después de una larga historia, de haber conocido a Ortega, yo estuve

Ciervo, «Cuadernos para el diálogo», en fin, toda esta gente.

—¿«Cuadernos» existía entonces?

—Sí existía «Cuadernos», sí, si yo mandaba crónicas de teatro y de novela... Yo creo que «Cuadernos» existía en la época mía de Palma. No me acuerdo si fue Palma o fue Zaragoza... Allí no había vida política ninguna; es decir, que en ese sentido se cortan un poco mis comunicaciones. Yo daba conferencias por allí, leía... Hasta que un día decido que el tema es sencillamente: o me quedo allí para toda mi vida (entonces ganaba dinero en la inspección) o me voy, porque allí se vivía demasiado bien. Y entonces pedí marcharme y pedí Zaragoza. Era un sitio donde había universidad...

—Y también política.

—En Zaragoza empieza otra vez una nueva actividad política, porque entro otra vez en contacto con gente de la oposición, hay reuniones en casa, me ficha la policía, avisan al delegado de Hacienda... Entonces los grupos eran un pequeño grupo democristiano antiguo de Gil Robles y grupos muy a la izquierda. Bueno: había reuniones, hicimos campaña contra un referéndum que hizo entonces Franco, que yo no sé cuál fue...

—La Ley Orgánica del Estado en diciembre de 1966.

—Fuimos a ver al gobernador a pedirle que si nos autorizaba a hacer campaña en contra (por supuesto nos dijo que no). Bueno, entonces estaba yo como un hombre todavía muy claramente en esta oposición y bastante radicalizado, a pesar de que el paso por Hacienda me había marcado mucho.

—En Zaragoza te vuelves a encontrar con Cantero Cuadrado.

—Me vuelvo a encontrar con Cantero que además había sido confesor de mi mujer en el colegio de niñas.

—Luego te vas a Estados Unidos.

—El secretario general técnico del ministerio que me parece que era Antonio Barrera o Rafael Acosta me dicen que si quiero ir a los Estados Unidos a estudiar en la universidad de Harvard. Allí estoy un año y medio en la universidad de Harvard y en la Administración americana, que eso es otro cambio importante. Porque uno se da cuenta (en los pocos momentos en que hago así un recorrido como ahora) de que da una sensación de que es la vida la que te lleva y no tú, no lo sé, no lo sé... Allí conozco a Dionisio Ridruejo...

—Fue a dar una conferencia en 1968.

—Sí, pero no tengo nunca fechas, no me acuerdo. Ahí conozco a Galbraith, ahí conozco a Musgrave, a todos los grandes, podríamos decir, de la eco-

nomía del mundo. Entonces incluso participamos en alguna campaña electoral en favor de un senador de lo que yo llamaba la izquierda cultural Eugene McCarthy.

—La estancia en Estados Unidos te motiva, digamos.

—Claro. En Estados Unidos, pienso que es donde yo me convierto en un verdadero socialdemócrata. Te das cuenta que hay cosas que se pueden hacer y que hay otras cosas que no caben y realmente empiezas a ver el problema entre lo necesario y lo posible. Aquel año y medio ha sido definitivo en mi vida, estudié como un bárbaro, porque yo que ya había estudiado mucha economía no la había estudiado hasta tal punto y con ese rigor... A la vuelta, nada más llegar, es cuando me ofrecen el cargo de secretario general técnico.

—Con Monreal de ministro.

—Yo le dije «Mire usted, yo soy consejero de "Cuadernos", yo estoy en la oposición...». Usted no va a hacer nada en contra de su conciencia, nada más que todo lo que usted sabe lo pone aquí, me dijo.

—¿Conocías a Monreal Luque de algo?

—Nada. Me llamó de usted. Me sacaron de un cine...

—¿Qué película estabas viendo?

—No lo sé. Estaba en el cine Avenida. Me llamaron, que te llama el ministro... Y me dijo eso de nadie le va a molestar, usted está ahí como un técnico... Y allí estuve cuatro años. Durante los cuales, con Enrique Fuentes, preparamos un borrador de lo que podría ser una reforma fiscal. Que son unos libros verdes grandes que se archivaron. Porque la reforma fiscal en tiempos de Franco era esa cosa que se decía...

—¿Y eso le costó el ministerio a Monreal, como entonces se dijo?

—Yo creo que no, porque esos libros verdes los entregó quince días antes de irse, yo creo que no. En aquel momento la crisis era la crisis del enfrentamiento entre el Opus y los falangistas. Para lo de la reforma hubo unas reuniones inolvidables donde estábamos Enrique Fuentes, Fabián Estapé, José Luis Sampedro y yo, entre otros muchos; y estudiábamos allí todas esas cosas y salieron esos libros. Ahí Enrique Fuentes tuvo un papel muy importante. Ninguno de nosotros creía que aquello sirviera de nada y, por tanto, eran unas discusiones absolutamente bizantinas.

—¿Sabes que Sampedro va a publicar una novela ahora?

—Me lo dijo el otro día, que estuvimos Mercedes Milá, él y yo en la radio. Sampedro es muy amigo mío. Es un gran escritor.

—Se llama «Octubre, octubre».

—Lo que pasa es que se lo habían pisado con el «Deprisa, deprisa».

—Pero la novela es muy anterior. Yo hablé de ella en una crónica, hace tres años, cuando Sampedro era senador real.

—Sí, sí.

El reformismo español

—¿Cómo enlaza la socialdemocracia ésta por la que te defines en América con el antiguo reformismo español de Azcárate, Melquiades Álvarez, Azaña...?

—Utilicé la definición cuando alguien me preguntó un día «¿Usted qué es?» y yo dije «Yo soy socialdemócrata» que me pareció una forma aproximada de ubicarme.

—Tú mismo has dicho que eres lo que en América se llama «left liberal», izquierda liberal.

—Claro. Lo que pasa es que aquí en España la palabra liberal tiene la connotación clara de conservador. Creo que así como Fray Luis de León habló de «Las nombres de Cristo» aquí habría que hablar de los nombres de la derecha...

—Que se llama de muchas formas.

—Ahora se llama liberal. Entonces yo no soy un hombre de la derecha. Eso sí está claro. Creo que hay una izquierda burguesa, no socialista, socialdemócrata, llámalo como quieras, que también se puede llamar de muchas maneras, que en unos lugares está en el partido socialdemócrata, en otro está en partidos distintos, radicales, en fin, cada país tiene su sitio.

—¿Y cómo es?

—Pues la caracterización que su planteamiento no es marxista, que su planteamiento es pragmático y que su procedencia no es obrera (su procedencia como partido); los italianos me parecen que hablan de la «burguesía iluminada», pues es ese tipo de gente. Eso enlaza así. En aquellos momentos lo que pasaba es que el partido socialista estaba en Suresnes, todavía, y por tanto era más clara la delimitación. Todavía siguen sosteniendo algunos, por ejemplo, Ignacio Sotelo que el socialismo es una cosa y la socialdemocracia es otra.

—A ti te va la definición de Azaña: «Soy un intelectual, un liberal y un burgués.»

—Claro, pero es que la palabra liberal ahora yo la tomaría con exquisito cuidado.

—Y un socialismo como el alemán, un PSOE que tuviera su Bad Godesberg, ¿no sería un partido tuyo?

—Sí. Ese sería un partido mío.

—¿Y eso lo ves posible en la historia inmediata española? No me refiero a que tú entres, sino a que el PSOE pueda tener su Bad Godesberg.



«No me asusta la soledad si estoy conforme conmigo mismo. Lo que yo no me resisto es a mí mismo si no estoy de acuerdo. Sólo está solo el que no lleva a nadie dentro.»

-En la inmediata, todavía no. Yo sostengo que el partido socialista español por su historia y por su composición, incluso por su fondo ideológico, en este momento está en el pre-Bad Godesberg; es decir, está en lo que yo llamaría un socialismo moderado. Bad Godesberg es un proceso de un país más desarrollado y con otras características. Me parece.

-Si el PSOE no se aproxima del todo hacia esa zona y el centro dicen que se va a la derecha, tú ¿dónde te quedas? ¿te quedas sólo?

-Ya hemos dicho que no hablaríamos de política.

-Es verdad. En tu libro *La España necesaria* dices que «la tentación del intelectual en la política es el vértigo de la soledad» ¿has sentido vértigo alguna vez?

-Sí. Y tengo que decir que no me asusta la soledad si estoy conforme conmigo mismo. Lo que yo no me resisto es a mí mismo si no estoy de acuerdo. Ese es un tema que quizá otros os habéis planteado y que yo

creo que todos nos planteamos de vez en cuando. Yo lo que no resisto es mirarme al espejo si yo no estoy de acuerdo con lo que estoy haciendo. La soledad yo la he escogido, en este caso. Sólo está solo el que no lleva a nadie dentro. Por tanto a mí eso no me preocupa en absoluto. Ahora, efectivamente, la soledad en la política es algo que no tiene sentido. Lo que pasa es que la vida es algo mucho más importante que la política.

-¿Qué pasa que ves la política, no diré como una anécdota, pero sí como algo coyuntural?

-Claro. Para mí la política ha sido y es una plataforma para poder hacer ciertas cosas que creo que se deben hacer en España. En el momento en que creo que ya no puedo seguir haciéndolas, pues el cargo público deja de interesarme. La política como un mecanismo para ocupar cargos no me ha interesado nunca, porque prefiero vivir en libertad. Prefiero entonces la libertad a los cargos públicos. O sea: yo estoy más a gusto aquí en este

momento, así sentados en este despacho que en el del Ministerio. Ahora fuera del Ministerio soy feliz. Y decía Borges que el único pecado que no se puede perdonar uno es el de no haber sido feliz. Creo que tiene razón.

La hora de la decisión

-Te acuerdas, naturalmente, de una conferencia que diste en el Club Siglo XXI que se llamaba «La hora de la decisión», en febrero de 1975.

-Sí. Esa fue la célebre conferencia que se levantaron treinta o cuarenta personas y alguno dijo «A este hay que matarle»...

-Textualmente.

-Sí. Conozco la persona, no lo diré nunca.

-Ibas a entrar en la directiva del Club.

-Sí. Fue aquella la primera vez que en España se dijo en público lo de «proceso constituyente». Cuando dije aquello, la gente se levantó y se marchó. Muchos, seguramente, no sabían lo que era proceso constituyente; pero pensaron que no sería nada bueno... Recuerdo que coincidían en dos butacas juntas la Duquesa de Alba y Josefina, la mujer de Marcelino Camacho.

-Aquellos eran los días de la Junta Democrática.

-Sí.

-Tú estuviste pensando entrar en la Junta Democrática.

-Sí. Lo que pasa es que como yo había estado en la presidencia del INI, y aunque como ves toda mi trayectoria había sido muy tecnocrática y tal, yo no quería de ninguna manera -a pesar de todo y de mi dimisión y de que todo el mundo sabía quien había sido yo siempre- no quería dar ninguna sensación de otro tipo. Cada uno tenía su lugar en la oposición en aquellos momentos y el mío es el que yo hice.

-¿Y qué tal?

-Yo lo pasé muy mal durante esos años. Fue una verdadera travesía del desierto. El mismo discurso del Club Siglo XXI fue un episodio muy duro.

-¿Cuándo ves claro que aquí se iba hacia una democracia? ¿ya en la Comisión de los Nueve?

-Vi claro que aquí se iba hacia una democracia el día que el presidente Suárez decidió negociar con la oposición. Y que en la oposición decidimos que había que negociar. Ese día, yo creo que se rompe el esquema de ruptura frente al franquismo. En los años del gobierno de Arias, ni ellos habían podido con nosotros, ni nosotros habíamos podido con ellos. Esa era un

poco la experiencia del tramo que venía desde la muerte de Franco. Entonces, cuando Suárez decide negociar, creo que la oposición se da cuenta de que no se podía con el «establishment» y el «establishment» se da cuenta que no podía con la oposición.

-¿Conocías a Suárez ya de antes, personalmente?

-Muy poco. Lo conocía de que era presidente de una empresa del INI. Se llamaba Entursa.

-Ah, Entursa, la de los hoteles.

-Lo vi un par de veces. Porque el presidente del INI tiene pues docientas empresas y, como es natural, despacha casi siempre con los más gordos. Y esta es una pequeña empresa. O sea que a Suárez apenas lo traté.

-De Calvo Sotelo eras amigo de mucho antes.

-A Calvo Sotelo lo había conocido en el INI, porque era presidente de otra empresa del INI.

-¿De qué empresa?

-De una empresa que se llamaba Sodiga.

-Ya, la Sociedad de Desarrollo Industrial de Galicia o así.

-Tuvimos una conversación muy curiosa, que Calvo Sotelo recuerda a veces, cuando vino a verme. Le comenté a él mi experiencia de lo mal que funcionaba la empresa pública y que qué desastre era la empresa pública española. Y él me dijo «pues yo que vengo de la empresa privada, la empresa privada sí que funciona mal... Fue una cosa que la cita él a menudo. Te quiero decir que es una anécdota autorizada porque él la suele esgrimir.

-Total, que funcionaba mal todo, según vuestra experiencia.

-Hacíamos la crítica desde nuestra página perspectiva.

-Haces la reforma fiscal y la ley del divorcio ¿dejas mucho empezado?

-He empezado la reforma de la Administración de la Justicia. La he empezado y hemos dado pasos impresionantes, Sáinz de Robles y yo, de los que estoy muy satisfecho. Es de lo que estoy más satisfecho en mi etapa última. Pero es una historia muy larga y la reforma de la justicia tardará años en verse. Sobre ese tema, yo ahora no quisiera hablar.

-El libro *La España necesaria* es casi un programa de Gobierno.

-Ese libro es un proyecto. No sé si tendré ganas de escribir otro a finales de año. Este lo mantengo letra a letra y página a página. Desgraciadamente me parece más actual ahora que hace dos años. No sé si vale la pena añadir algo de la experiencia de estos dos años, que para mí han sido muy interesantes. Sobre todo el último año, donde yo he aprendido mucho. He

aprendido mucho de lo que es este país, por si me faltaba algo por saber.

-¿Qué es este país?

-Es difícil ejercer la política en este país. No si te dedicas a estar ahí atrincherado en tu sillón..., pero si tratas de afrontar ciertos temas es difícil y muy cansado. Y yo no soy un corredor de fondo. Cuando estoy en el gobierno la gente se entera que estoy en el gobierno. Porque hago lo que puedo, con todas mis fuerzas. Y eso aquí en España es muy cansado. Todavía estamos viviendo un tipo de política muy



«Mi decisión es quedarme en casa durante mucho tiempo. A lo mejor durante toda mi vida. Porque un día hay que poner punto final.»

celtibérica, muy dura. Yo, además, tengo la piel fina. Y la contestación de los sectores más conservadores del país ha sido terrible, por ejemplo con la ley de divorcio.

-¿En qué país te verías mejor ejerciendo la política?

-En España. Me considero un personaje muy español, terriblemente español. En un país como los Estados Unidos no hubiera estado en la política, porque muchos de los problemas que aquí se plantean allí no tienen sentido, ya están resueltos hace años... En los demás países están discutiendo si la tarifa de rentas la mueven diez centímetros a la derecha o diez centímetros a la izquierda, pero aquí lo que estamos discutiendo es si acabamos o no con los defraudadores y con la vergüenza fiscal. Y cuando estamos discutiendo

eso llega un señor y dice en público que la reforma fiscal obedece a «motivos inconfesables». Entonces uno lo único que puede hacer es aquello de Calderón: «respóndate retórico el silencio».

¿Punto final?

-¿La tentación literaria no la has tenido?

-Sí, siempre. Sí.

-Aparte de versos ¿has escrito algo más?

-Escribí una obra de teatro cuando era muy joven.

-¿Cómo se llamaba?

-Ni me acuerdo. Aquello era una cosa horrible, que hicimos cuanto yo tenía diecinueve años y nos divertíamos en casa... No he hecho literatura. Es de las muchas frustraciones que tengo. Pero eso requiere otro planteamiento vital, ya me coge muy viejo.

-Echegaray empezó a escribir después de los cuarenta.

-Pero yo estoy ya en los cincuenta y uno...

-Y también fue ministro.

-Fue antecesor mío.

-De Fomento se llamaba entonces.

-Fue de Hacienda.

-Sí, precisamente fue el que vendió las minas de Riotinto.

-Sí, puede ser.

-La venta de Riotinto fue entre Echegaray y Figuerola, me parece.

-Figuerola fue más conocido como ministro.

-¿Fomento y Hacienda eran distintos?

-Sí. Ya me haces dudar. No. Fomento era el actual Obras Públicas.

-Entonces sería de las dos.

(Aunque está feo que el autor de la entrevista se meta posteriormente en la conversación, vamos a aclarar el caso Historia de España en mano: Echegaray fue ministro de Fomento y de Hacienda. Y aclarado esto seguimos con la conversación).

-Echegaray fue ministro de Hacienda no mucho tiempo. En la lista de mis antecesores en el Ministerio de Hacienda, en los doscientos años que ha habido Ministerio de Hacienda, me parece que yo soy el séptimo por duración y Navarro Rubio debe de ser de los primeros. Quiero decir que ahí entraba uno y a las dos meses se iba.

-Tú no tienes un monumento como Navarro Rubio en Daroca.

-No. Soy de Madrid. Y los madrileños tenemos más difíciles los monumentos.

-¿Has visto el monumento de Navarro Rubio en Daroca?

-Sí, sí, claro. Está en mi distrito electoral.

-Con una fuente y todo.



«La política es una plataforma para poder hacer ciertas cosas que creo que se deben hacer en España. La política como un mecanismo para ocupar cargos no me ha interesado nunca.»

-Sí, sí, es hijo ilustre de Daroca.
-Bueno, él es de un pueblo cercano a Daroca.

-El es de Burbáguena, me parece que de allí es Mariano.

-Vamos a volver a tu biografía. En una «Confesión personal», que haces en *El País* en 1977...

-Ahí es donde digo que el centro-izquierda forma parte del centro. Ahí es donde se ve claramente que mi idea al entrar en aquella coalición de centro no era entrar en la gran derecha.

-Dices allí: «concibo la política como construcción de la historia». ¿Has hecho historia de España con tus reformas?

-Creo que sí. Vamos, dicho así parecería una impertinencia o una petulancia. Pero es que yo creo que con la política se construye la historia. Y que de eso se trata. Sostengo que los cementerios están llenos de gente que ha sido ministro y yo, dentro de unos años, pues seré uno más. Lo importante es lo que has dejado, lo que

queda tuyo ahí, es un poco la obra. Yo lo entiendo así. Es que si no, no me interesa. A mí me interesan las cosas que se hacen. Porque los ciudadanos te pagan para que trabajes. Lo que pasa es que es muy difícil, porque uno vuelve con el cuerpo cosido a cornadas. Este es un país donde las cosas más evidentes son complicadas... No me gusta estar en la política para tareas cómodas. No le veo la gracia, sinceramente. Y por eso lo que estoy pensando ahora es si me debo quedar. Si me debo... Vamos, mi decisión, probablemente es quedarme en casa durante mucho tiempo; durante a lo mejor toda mi vida. ¿No? Porque un día hay que poner punto final.

-Pero tú tienes ahora cincuenta años.
-Pero algún día hay que poner punto final y hacer otra cosa. Yo el domingo me he dedicado al huerto. Tenemos un huerto de seis por seis metros con tomates allí en casa y me he divertido muchísimo. No sé lo que

me podría divertir si me voy a vivir al campo. No lo sé. Tengo un concepto muy poco lineal de la vida en ese sentido. Yo me puedo pasar diez años de mi vida haciendo otra cosa y nadie volverá a oír hablar de mí.

-Vosotros no tenéis hijos.

-No.

-Tienes un perro.

-Tengo dos.

-Ya.

-En esto de la política hay un punto fundamental que es el poder. Entonces el señor que no le interesa el poder y está en otro planteamiento, pues le falta, le falta...

-Una motivación.

-Una motivación.

-¿Y a ti el poder no te interesa?

-No me interesa.

-Pero te interesará en cuanto herramienta para hacer unas cosas.

-O sea no me divierte ejercer el poder. Decir pues voy a nombrar delegado de Hacienda a este tío y en cambio voy a quitar a este otro, ¡que es el poder! No me divierte... Y la vanidad tampoco. Porque yo si tengo alguna vanidad es mucho más grande que la de ser ministro, porque es el concepto que uno tiene de sí mismo ¿no?

-¿Eso es vanidad o es soberbia, orgullo?

-A lo mejor.

-Sí.

-Claro eso te coloca en un plano de distancia tan absoluta que ya no eres ni siquiera vanidoso.

-Te importa más la opinión que tienes tú de ti mismo que la que tienen los demás de ti.

-Claro, claro. A lo mejor es un defecto y a lo mejor ese defecto es el que te permite una capacidad de distancia muy grande.

-Con esa distancia ¿cómo ves estas años que hemos vivido?

-Para mí han sido fascinantes, porque yo tengo la impresión de que estamos empezando.

-Y en lo personal ¿qué te duele más?

-Pues gente que creías que eran amigos y cosas de esas. Eso fastidia mucho.

-Eso en la política es el pan de cada día.

-Eso es lo más duro. Eso te deja...

El mayor problema de la política es que te puedas convertir en un cínico. En un tío sin amigos y que no creas en los demás. Este es el problema fundamental. Hay una frase de César Vallejo, en una de las cartas tuyas desde París, poco antes de morir, él tuvo su experiencia política, y dice textualmente, creo que es así «Espero que la política no haya destruido totalmente lo que yo era antes». Bueno, pues esa es un poco mi preocupación. Porque por la política no se pasa impunemente. ■

V.M.R. (Fotos: RAMON RODRIGUEZ)